

POR UNA CULTURA RELIGIOSA PLANETARIA

A comienzos de diciembre de 1982, tuvo lugar en Buenos Aires, un importante "Coloquio internacional sobre las culturas de Oriente y Occidente". Dicho Coloquio se desarrolló durante una semana en el Centro Cultural General San Martín bajo la presidencia de la Señorita María Mercedes Terrén, Rectora de la Universidad del Salvador.

El proyecto del Coloquio fue propuesto en agosto de 1981 a la UNESCO por el Padre Ismael Quiles, conocido filósofo argentino, Director del Instituto Latinoamericano de investigaciones comparadas sobre las culturas de Oriente y de Occidente. El proyecto obtuvo el prestigioso apoyo de la UNESCO, ya que respondía a uno de los ideales prioritarios de la organización: promover el estudio de las cul-

turas y su recíproca comprensión como medio de progreso del hombre y de paz en el mundo. El Coloquio contó con el eficaz patrocinio del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina).

La Convocatoria fue restringida, deliberadamente, a muy pocos especialistas, los cuales, sin embargo, representaban todos los continentes y todas las grandes culturas y religiones: Jean Pihya, rector de la Universidad de Benín, representante de Africa; Muhammad D'Asi, Director del Centro Islámico de Washington, el Cercano Oriente; Arthur Basham, Presidente de la Asociación Internacional de Estudios Budistas, Australia; Hajime Nakamura, Director del Eastern Institute de Tókyo, el Japón; Lal Mehrota, Embajador de la India en Argentina y Profesor de la Universidad de Allahabad, la India; Heinrich Beck de la Universidad de Bamberg, Ricardo Marín Ibáñez de la

Universidad de Madrid y el que suscribe, Europa; Agustín Basave, Rector de la Universidad Regiomontana y Stanislaus Ladusans, Director del CONPEFIL, América Latina. Además, a las reuniones de trabajo asistieron, en calidad de invitados, alrededor de cuarenta estudiosos en la materia.

Los objetivos del Coloquio fueron ilustrados muy acertadamente por el P. Ismael Quiles, apasionado promotor del diálogo cultural entre Oriente y Occidente.

"Nos proponemos, —dijo el P. Quiles— mostrar la posibilidad y la necesidad de un encuentro y una convivencia pacífica de las culturas; ésta es una exigencia dramática del mundo actual, si queremos evitar el choque y la mutua oposición que llevarían necesariamente a la guerra y pondrían en serio peligro el porvenir de la humanidad. Es un tema humano del hombre de hoy. Es un tema dramático en que está en juego el destino de la convivencia y de la

supervivencia de la humanidad".

No obstante la diversidad de los idiomas y de las culturas, el Coloquio logró ofrecer el cuadro sorpresivo de una convergencia absolutamente destacable de propuestas y de perspectivas, probando de una manera convincente que los objetivos propuestos por el padre Quiles son viables y que el diálogo es posible también entre personas que tienen tradiciones religiosas y culturales profundamente distintas, con tal que ese diálogo se libere de prejuicios ideológicos y de intereses políticos.

La finalidad principal del Coloquio fue la de sentar las bases de una nueva cultura planetaria, ahondando, para ello, en las grandes culturas de la humanidad y buscando valores comunes que puedan constituir la plataforma de una cultura planetaria que, una comunidad que ya posee vínculos planetarios a través del comercio, las comunicaciones y la política, está llamada a conseguir en un futuro próximo.

Todos los relatores sostuvieron la necesidad de una nueva cultura que sepa unir, en una síntesis fecunda, los valores esenciales de Oriente y de Occidente, pero no todos lo hicieron de la misma manera. Para algunos, ella será el fruto de una acción dialéctica, mientras que para otros debería ser el resultado de una unión armónica.

La síntesis dialéctica ha sido presentado por el filósofo Heinrich Beck. A su parecer, en la base de las divergencias culturales entre Oriente y Occidente, existe una diversa concepción de la realidad. En la concepción occidental prevalece el momento trascendental de la verdad, la cual comporta el análisis y la diferenciación del ser y desemboca en el pluralismo y en la desintegración del todo en sus partes. En la concepción oriental prevalece el momento trascendental del bien, que significa síntesis, integración, armonía del ser y desemboca fácilmente en el monismo ontológico que elimina las diferencias del ser y hace desaparecer

la subsistencia de los individuos. Las dos concepciones según Beck, no deben ser suprimidas sino mantenidas realizando una feliz unión, como entre el hombre y la mujer:

Una integración armónica entre los mejores valores de Oriente y Occidente fue propuesta por la mayoría de los oradores. Para esta difícil operación, algunos han recomendado la estrategia de los pequeños pasos (insistiendo por ejemplo, sobre el valor de la paz o de la educación), mientras que otros han sugerido una estrategia global, mediante la formulación de un gran proyecto cultural que ponga en evidencia con claridad aquellos valores que son esenciales a una sociedad de dimensiones planetarias.

En el diálogo entre las culturas, ha precisado Marín Ibáñez, los bienes que se pueden transferir más fácilmente son los tecnológicos; pero los bienes materiales son también la causa más grande de división y de conflictos mientras que los bienes culturales (arte, ciencias, moralidades, religiosidad) están a disposición de todos, aunque son los que se adquieren más difícilmente y pueden, también ellos, volverse fuente de conflictos entre las dos culturas. Por eso, si se quiere realizar la comunicación intercultural, se debe tener la valentía de correr riesgos y hacer sacrificios.

Se necesita ante todo, reconocer los valores de las otras culturas por medio de una información adecuada y superando los etnocentrismos actuales. Tomando como punto de partida los valores comunes que afloran a través de los estudios comparados y de las tendencias de las nuevas generaciones a construir una nueva cultura más universal, sólida y justa, el diálogo podrá sentar las bases de un mundo planetario, forjado por todos y para todos.

Las culturas africanas tradicionales, ha aclarado Jean Pthiya, no son de ninguna manera tan primitivas como han pensado por mucho tiempo, los colonizadores europeos; ellas contienen va-

lores precisos (como el respeto a la vida, a la naturaleza, a la autoridad; el reconocimiento de la trascendencia de Dios, etc.), que pueden proporcionar un válido aporte a la elaboración de un nuevo proyecto cultural planetario.

Ideas análogas fueron expresadas en el discurso de Hajime Nakamura con respecto al budismo: estimó que se podría empezar el diálogo cultural entre Oriente y Occidente a partir de la "compasión", que es un valor fundamental común al budismo y al cristianismo. Si se cultiva la "compasión", se evita la desesperación y se crea también la condición principal para lograr la paz entre Oriente y Occidente.

Lal Mehrota, recorriendo el largo camino de la sabiduría de la India, que logró crear una síntesis armoniosa entre muchas culturas con valores aparentemente contradictorios, recomendó el "espíritu de síntesis" como vía para elaborar la nueva cultura de la humanidad".

Finalmente al que suscribe, correspondió la tarea grata, pero no tan fácil, de sintetizar las conclusiones del coloquio y formular un primer esbozo de un proyecto cultural planetario. Reviendo lo que he escrito en mi libro *Una nuova cultura per una nuova società* (Edic. Massimo), he sugerido poner como fundamento de la nueva cultura dos valores: el valor-hombre y el valor-Dios. No es necesario insistir sobre el primero ya que es de por sí evidente que el hombre es sujeto y objeto de la cultura. Sin embargo, en el momento actual en que gran parte de la humanidad está expuesta a una infinidad de manipulaciones y a gravísimas opresiones, un discurso claro sobre el valor de la persona humana no es, de ninguna manera, superfluo.

Es menos obvio que el otro valor fundamental sobre el cual es necesario construir la nueva cultura es el valor-Dios, aunque existen argumentos filosóficos muy sólidos para demostrarlo. El más importante es que sin Dios carecen de cualquier fundamen-

to tanto el valor-hombre como todos los otros valores absolutos. Por otro lado, Dios es absoluto sea en el orden del ser como en el orden del Valor, mientras que nosotros, los hombres, que nos consideramos absolutos en lo que respecta al valor de nuestra persona, no lo somos de ninguna manera con respecto a nuestro ser, que es claramente contingente; por eso, sólo Dios es la fuente de aquel valor absoluto del cual pensamos ser los dueños.

Como consecuencia, la religión no es un factor alienante en relación a la cultura; nunca lo fue en el pasado (no obstante todas las críticas de Marx, Comte, Nietzsche, Freud, etc.) y no lo

será en el porvenir. Al contrario, la nueva cultura, si quiere ser auténticamente humanista y personalista, deberá ser también religiosa. Y sobre este aspecto, aceptando que Dios es un valor esencial, que es el valor primero de la futura cultura planetaria, es fácil realizar el acuerdo entre las máximas culturas de Oriente y todas las fuerzas religiosas, en acto de renovación, de Occidente.

María Mercedes Terrén, la cual, junto con el padre Quiles, ha sido el alma del Coloquio y se ha entregado con todas sus fuerzas para que tuviese el mejor éxito, en su calidad de Presidente, ha pronunciado un conmovido discurs-

so de clausura en el que ha agradecido a todos los participantes sus destacados aportes y ha subrayado un aspecto importante del diálogo que nunca debe ser olvidado: el aspecto interior o intracultural, o sea, el diálogo que cada interlocutor debe emprender consigo mismo para sintonizar su propio valor absoluto con la situación contingente y problemática en que se encuentra y para hacerse artífice de los otros valores esenciales (verdad, justicia, respeto, amor, solidaridad, paz, etc.) que la nueva cultura entiende promover, cultivar e instaurar.

Gian Battista Mondin